

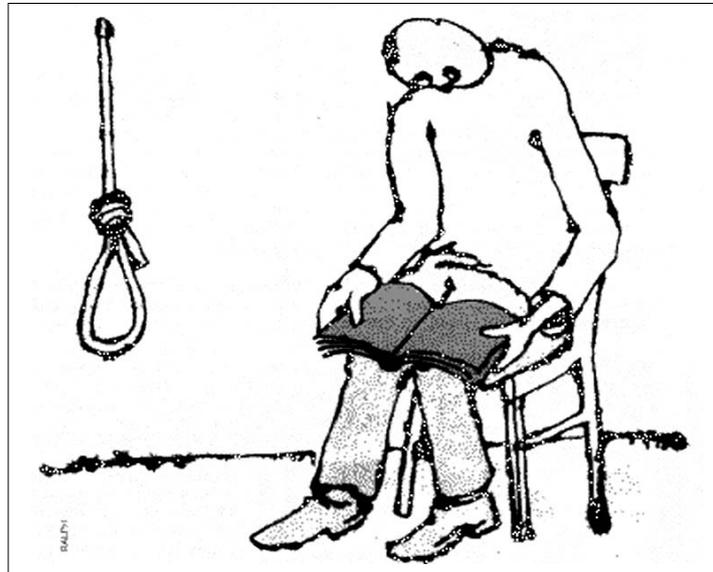
Fragmentos literarios sobre el suicidio

Selección de textos: María José Gil Bonmatí y Manuel Desviat

Albert Camus. *El mito de Sísifo*. OC. Tomo 1, Alianza Editorial, pág. 214

Lo absurdo y el suicidio

No hay más que un problema filosófico verdaderamente serio: el suicidio. Juzgar si la vida vale o no vale la pena vivirla es responder a la pregunta fundamental de la filosofía. Las demás, si el mundo tiene tres dimensiones, si el espíritu tiene nueve o doce categorías, vienen a continuación. Se trata de juegos; primeramente hay que responder. Y si es cierto, como pretende Nietzsche, que un filósofo, para ser estimable, debe predicar con el ejemplo, se advierte la importancia de esa respuesta, puesto que va a preceder al gesto definitivo. Se trata de evidencias perceptibles para el corazón, pero que se debe profundizar a fin de hacerlas claras para el espíritu.



<http://www.ctv.es/users/borobar/graciosa.htm>

Cioran EM. *El aciago demiurgo*. Madrid, Taurus, p.59-71.

Hay noches en las que el porvenir queda abolido, en las que de todos sus instantes sólo subsiste aquel que elegiremos para dejar de ser.

«Estoy harto de ser yo», se repite cuando aspira uno a huir de sí mismo; y cuando uno se huye irrevocablemente, la ironía quiere que se cometa un acto en el que se encuentra uno de nuevo, en el que de repente se llega a ser totalmente uno mismo. En esa fatalidad a la que se quiso escapar se cae de nuevo en el instante en que se mata uno, pues el suicidio no es más que el triunfo, más que la fiesta de esa fatalidad.

Cuanto más avanzo, más veo adelgazarse mis oportuni-

des de arrastrarme de un día a otro. A decir verdad, siempre ha sido así: no he vivido en lo posible, sino en lo inconcebible. Mi memoria amontona horizontes hundidos.

Existe en nosotros una tentación mejor que una voluntad, de morir. Pues si nos fuese dado *querer* la muerte, ¿quién no se aprovecharía a la primera contrariedad? Aún interviene otro impedimento: la idea de matarse parece increíblemente nueva a quien se ve poseído por ella; se imagina, pues, que ejecuta un acto sin precedentes; esta ilusión le ocupa y le halaga, y le hace perder un tiempo precioso.

El suicidio es una realización brusca, una liberación fulgurante: es el nirvana *por la violencia*.

El hecho tan sencillo de mirar un cuchillo y de comprender que sólo depende de ti hacer cierto uso de él, da una sensación de soberanía que deriva en megalomanía.

Este furor en plena noche, esa necesidad de una última explicación consigo mismo, con los elementos. De golpe, la sangre se anima, se tiembla, uno se levanta, sale, se repite que no hay ninguna razón para tergiversar, para diferir: esta vez va de veras. En cuanto se está fuera, un imperceptible apaciguamiento. Uno avanza penetrado del gesto que va a cumplir, de la misión que se ha arrogado. Un poco de exultación sustituye al furor cuando uno se dice que ha llegado por fin al término, que el futuro se reduce a unos pocos minutos, todo lo más a una hora, y que uno ha decretado, con su propia autoridad, la suspensión del conjunto de los instantes.

...

Esperar la muerte es sufrirla, degradarla al rango de un proceso, resignarse a un desenlace del que se ignora la fecha, el modo y el decorado. Se está lejos del acto absoluto. No hay nada de común entre la obsesión del suicidio y el sentimiento de la muerte entiendo por esto ese sentimiento profundo, constante, de un fin en sí, de una fatalidad de perecer como tal, inseparable de un trasfondo cósmico e independiente de ese drama del yo que está en el centro de toda forma de autodestrucción-. La muerte no es necesariamente sentida como liberación; el suicidio libera siempre; es el sumum, es el paroxismo de la salvación.

Se debería por decencia elegir uno mismo el momento de desaparecer. Es envilecedor extinguirse como se extingue uno; es intolerable verse expuesto a un fin sobre el que nada se puede, que te acecha, te abate, te precipita en lo innumerable. Quizá llegue el momento en que la muerte natural esté totalmente desacreditada, en el que se enriquecerán los catecismos con una fórmula nueva: «Dispénsanos, Señor, el favor y la fuerza de acabar, la gracia de borrarlos del tiempo.»

La conspiración milenaria contra el suicidio es causa del abarrotamiento y de la esclerosis de las sociedades. Nos toca aprender a destruirnos *en el momento oportuno*, a correr alegremente hacia nuestro espectro. En tanto que no nos decidamos a ello, mereceremos nuestras humillaciones. Cuando uno ha agotado su razón de ser, es odioso obstinarse. Pero es la indignidad de la muerte natural lo que vemos, se mire adonde se mire.

«Volviendo a encontrar, tras varios años, a una persona a la que se conoció de niño, la primera mirada hace casi siempre suponer que alguna gran desdicha ha debido aquejarle» (Leopardi). Durar es disminuirse: la existencia es pérdida de ser. Puesto que nadie desaparece cuando sería preciso, se debería amonestar a quien se sobrevive, animarle y, si fuera necesario, ayudarle a acortar sus días. A partir de un momento dado, perseverar es consentir, decaer. Pero ¿cómo estar cierto de su declinar? ¿Acaso no puede uno equivocarse respecto a los síntomas? ¿Acaso la conciencia de decaer no implica una superioridad sobre la decadencia? Y, en este caso, ¿aún se está decaído? ¿Cómo, una vez más, saber que uno ha comenzado a derrumbarse, cómo determinar ese momento? El error es inevitable, pero poco importa, puesto que, de todas maneras, nunca se muere a tiempo. Se va a la deriva y sólo cuando uno se hunde se confiesa residuo desechable. Y entonces ya es demasiado tarde para naufragar de propio grado.

...

Nadie se mata, como se piensa comúnmente, en un acceso de demencia, sino más bien en un acceso de *insoportable* lucidez, en un paroxismo que puede, si se empeña uno, ser asimilado a la locura, pues una clarividencia excesiva, llevada hasta su límite y de la que quisiera uno desembarazarse a cualquier precio, rebasa el cuadro de la razón. El momento culminante de la decisión no testimonia, pese a todo, ningún embotamiento: los idiotas no se matan prácticamente nunca; pero puede uno matarse por miedo, por presentimiento de la idiotez. El acto mismo se confunde entonces con el último sobresalto del espíritu que se recoge, que reúne todos sus poderes y todas sus facultades antes de anularse. En el umbral de la última derrota se prueba a sí mismo que no está completamente perdido. Y se pierde, en plena posesión instantánea de todos sus medios.

Hemos desaprendido el arte de matarnos en frío. Los antiguos fueron los últimos que destacaron en ello. Nosotros no concebimos más que el suicidio apasionado, febril, el suicidio como estado inspirado; en lo tocante al desapego, pensamos en él como convulsivos. Aquellos sabios de antes de la Cruz sabían romper con este mundo o resignarse a él, sin drama ni lirismo. Se ha perdido su estilo, así como la base de su imperturbabilidad: una Providencia usurpadora vino a desalojar al Fatum de todos sitios. Y corremos a volver a encontrarle, para buscar un sostén en él, cuando ningún otro podría ayudarnos ni seducirnos.

...

El instinto de conservación –pura cabezonería y nada más– debe ser combatido y sus estragos denunciados. Esto se logrará tanto mejor cuando se rehabilite el suicidio, cuando se subraye su excelencia y cuando se le haga alegre y accesible a todos. Acto nada negativo; es él, por el contrario, el que rescata, el que transfigura todos los actos cometidos antes de él.

Por el más inexplicable de los malentendidos, la existencia ha sido declarada sagrada; no solamente no lo es, sino que no vale más que en la medida en que se trabaja para deshacerse de ella. Es, en el mejor de los casos, –un accidente un accidente que poco a poco se convierte en fatalidad. Cuando sabe uno a qué atenerse a su respecto, se enrojece de apearse a ella y, sin embargo, se apega uno, por un largo e insensible proceso que, compromete incluso a los más advertidos a tomarla en serio. Se debería, por un proceso inverso, reducirla a su estado de erigen, a su insignificancia primitiva.

Sería necesario para ello un esfuerzo próximo al prodigio: el que lo hiciese dejaría de ser esclavo; dueño de sus días, tendría su sucesión cuando le pareciese oportuno; existiría a su discreción; es que habría alcanzado su punto de partida, su verdadero: el accidente, justamente.

....

Si este mundo emanase de un dios honorable, matarse sería una audacia, una provocación sin nombre. Pero como hay todos los motivos para pensar que se trata de la obra de un infra-dios, no ve uno por qué tendría que preocuparse. ¿Con quién tener miramientos?

Henri Roorda. *Mi suicidio*. Trama editorial, 2004

Últimos pensamientos antes de morir

Todo es filosofía. Las razones por las que estoy decidido a abandonar este mundo serían insuficientes para alguien que no fuera yo. Mi manera de sentir no es, pues, la de todo el mundo.

Algunos amigos se han ofrecido a prestarme ayuda para continuar viviendo. Pero me he acostumbrado tanto a la idea de la cercana muerte que la he rechazado. No me tienta la perspectiva de reiniciar una vida en la que aún tenga que enfrentarme con ciertas preocupaciones y en la que incluso tenga que ser sometido a frecuentes humillaciones. Debo suponer que hay en mí un resorte esencial que está muy gastado. Sin embargo, las razones que doy no lo explican todo. La verdad, tal y como la expone un escritor que quiere ser sincero, es siempre algo más o menos «apañado». Hay existencias anormales que conducen de manera natural al suicidio. Eso es todo.

Voy a matarme pronto. No merezco este castigo. Estoy seguro de que he tenido menos pensamientos despreciables que la mayoría de esos buenos ciudadanos que triunfan y que jamás pensarán en suicidarse. Los hermosos versos que me recitaba a mí mismo teñían de pureza mi espíritu. Todos los días me han procurado un minuto de emoción. ¡Ay, yo bien quisiera seguir en la tierra!

Aún estando totalmente desprovisto de maldad, se puede hacer no obstante un enorme mal. Quisiera pedir perdón a alguien, pero las palabras que debiera pronunciar no existen.

A lo largo del día mi humor varía a menudo. Hay momentos en que me olvido de que voy a morir. Entonces sonrío y canturreo las melodías que me gustan, pues todavía hay en mí una gran provisión de alegría. Destruir todo eso es un despilfarro. Pero nunca aprendí a ser ahorrador.

Escribir este librito me causa placer a pesar de que trata de mi Suicidio. Mientras trabajo, mis pensamientos son tan puros como los de un niño.

Muchas personas consideran el suicidio como un crimen. Pero es que no piensan que hay dos clases de chabacanería: la de los criminales y la de las personas honradas. Para vivir es indispensable un mínimo de chabacanería.

Un filósofo dijo una vez: «Ignoro cómo pueda ser un hombre malvado, pero el corazón de un hombre honrado es espantoso».

No tengo ningún miedo del porvenir desde que oculté un revólver cargado entre los muelles de mi cama.

Amo enormemente la vida. Pero para gozar del espectáculo hay que ocupar una buena butaca. Y en la tierra la mayoría de las butacas son malas. Aunque es verdad que, en general, los espectadores no son muy difíciles de contentar.

Hay ciertos momentos en que mi suicidio me parece tener algo de «farsa». Ay, ¿por qué no está más nítidamente marcada la frontera que separa las cosas fútiles de las cosas serias?

¿Soy desdichado, o es que las palabras desesperadas que me digo a mí mismo me hacen creer que lo soy? Resulta imposible distinguir nuestros males reales de nuestros males imaginarios. ¿Qué es lo real? ¿Qué no lo es?

La música me tranquiliza. Siento perdón al escucharla. Sé que todos los poetas me perdonarían. (No me refiero, se entiende, a esos patriotas que componen poesías en elogio del Estado.)

Hace días que no siento ya interés por ciertas cosas. Todo lo que es literatura me parece verdaderamente vano, y me resultaría difícil tomar parte en las discusiones que enardecen a los hombres. Las conversaciones me parecen más insípidas que nunca.

Pero sí me hago una idea acertada de las cosas infinitamente preciosas que voy a perder.

Me parece que ahora distingo mejor lo que posee valor en la vida. Soy feliz viendo el cielo, los árboles, las flores, los animales, los hombres. VER me hace feliz. Soy feliz por estar vivo todavía. Quisiera acariciar una vez más los senos de Alicia *para no estar solo*.

Para no sentir en mi última hora

Que mi corazón se parte;

Para no llorar, para que el hombre muera

Como nació el niño.

Durante más de veinticinco años me preocupé apasionadamente por un problema que consideraba muy importante. Hoy reconozco que estaba equivocado: no me interesaba por el hecho de reconocer su importancia, sino que, sin sospecharlo, afirmaba su importancia sencillamente porque me ocupaba de él.

Observen a aquellos que desde hace mucho tiempo se ocupan de la defensa nacional, o de la higiene pública, o de las escuelas, o del «arte para el pueblo»: todos ellos son víctimas de la misma ilusión y todos realizan su tarea con gran ardor sin dar mucha importancia a lo que hacen los demás.

La importancia real de los problemas no puede medirse.

El universo tendrá mucha menos importancia cuando ya no esté en él.

Al no tener ninguna obra que emprender, a veces tengo la impresión de estar de vacaciones.

Soy un jugador que no pediría otra cosa que continuar jugando, pero que no quiere aceptar las reglas del juego.

Hay mucha hipocresía en aquellos que continúan viviendo. Pero sería posible la vida social sin mentiras? No.

La mentira, la hipocresía: quizás esté ahí lo que mejor distingue al hombre del animal.

Me gusta muchísimo el vino. Rejuvenece momentáneamente mi alma gastada. El vicio consiste en que algo nos guste en demasía.

Hay dos clases de gentes virtuosas: unas cuyos deseos son débiles y que resisten con facilidad a las tentaciones. Y otras que, voluntariamente, van en contra de su verdadera naturaleza. Éstas son raras. Entre ellas hay locos que se torturan a sí mismos para agradar a Dios. Y hay también seres excepcionalmente buenos que se sacrifican por amor o por piedad. Son los únicos que pueden hacer que me sienta inferior.

Los otros no valen más que yo. Son sólo seres prudentes que no aman nada con pasión. Avanzan en la vida durante mucho tiempo sin caer, pues no se inclinan ni a izquierda ni a derecha. Los hábiles y los triunfadores son equilibristas.

¿Por qué hay que ser virtuoso? Para que la vida prosiga. ¿Y

por qué es necesario que la vida prosiga? Dios no podría contestar a todos los por qué del hombre. Si contestara seguramente diría que creó el mundo porque no podía hacer otra cosa. Y declinaría toda responsabilidad. Así somos todos.

En una pequeña colección de «pensamientos» del filósofo Charles Secrète, encontré esta frase: «Es en el amor de la criatura por su dios donde culmina la creación».

Si Dios pretendía únicamente que se le adorara, habría podido emplear medios menos crueles.

En cuanto a mí, sólo podría amar a un Dios humano.

Mi suicidio será severamente juzgado. Pero ya que considero que en su inmensa mayoría los hombres son seres mediocres

y poco inteligentes, ¿qué importancia debo conceder a la opinión pública?

¡Oh, no!, las gentes honestas no valen más que yo. Me siento aliviado cuando me comparo con aquellos que, ante las masas, hablan en nombre del Estado. ¡Qué prudencia! ¡Qué trivialidad! ¡Y, a menudo, qué baja!

Mientras paseaba he observado atentamente algunos transeúntes. Adivinaba el género de vida que llevan, sus costumbres, su mentalidad. Pensaba en todo lo que serían incapaces de hacer.

El individuo es todo; para que las cosas sean bellas, es preciso que exista un ser vivo capaz de sentir su belleza.

Me había hecho de la vida una idea completamente falsa. Daba mucha importancia a todo aquello que es excepcional: el entusiasmo, la exaltación, la embriaguez. Ahora bien, lo que en una vida humana ocupa casi todo el tiempo son las tareas monótonas y cotidianas, las horas en las que se espera, las horas en las que nada sucede. El hombre normal es aquel que sabe vegetar.

¡Mi crimen es no haber tenido piedad de un ser desdichado que veía todos los días, y pensar que me enternecía con tanta facilidad por los demás!

El momento de mi suicidio se acerca. Hasta tal punto estoy vivo que no siento la proximidad de la muerte.



Helmut Newton. Jochanza. Hotel Chelsea, New York, 1988.

A veces me descubro mirando con envidia a algunos transeúntes que no se distinguen por nada especial, que parecen desprovistos de todo prestigio, simplemente por el hecho de saber que continuarán viviendo.

Recuerdo un dibujo en *L'Assiette au beurre* donde se veía a un abogado defendiendo a un criminal ante el tribunal. Aquel abogado decía: «Sí señores, hemos robado, hemos violado, hemos asesinado, pero lo hacíamos en nombre de Dios, del zar y de la Patria». ¡Y pensar que hay en algunos países gentes bien educadas, cristianas, virtuosas y universalmente honestas que son imperialistas! No se dan cuenta de lo que hay de innoble en su patriotismo.

Decididamente el hombre inmoral que yo soy no siente ninguna estima por los buenos ciudadanos.

¡Qué bellos parecen los soles en las cálidas noches!

¡Qué profundo es el espacio!

¡Qué poderoso es el corazón!

Me alojaré una bala en el corazón. Seguramente: me producirá menos dolor que en la cabeza.

No tengo miedo de lo que me suceda después, pues poseo la verdadera fe; sé que no compareceré ante el Juez Supremo. Sólo en la tierra existen «tribunales cómicos».

Pero es posible que me emocione. Para sentirme más despreocupado, me beberé antes me día botella de oporto.

Quizás falle. Si las leyes hubieran sido promulgadas por hombres caritativos, se les facilitaría el suicidio a aquellos que quieren abandonar el mundo.

Algunos amigos han venido de nuevo a ofrecerme ayuda y curación. Los he rechazado pues sé muy bien que nada a podría librarme de los deseos, de las imágenes y de los pensamientos que ocupan mi espíritu desde hace cuarenta años.

Será necesario que tenga cuidado para que la detonación no resuene demasiado en el corazón de un ser sensible.

Thomas Szasz. *El segundo pecado*. Martínez Roca, 1992

El suicidio es un derecho humano fundamental. Esto no quie-

re decir que sea moralmente deseable. Sólo significa que la sociedad no tiene el derecho moral a entrometerse por la fuerza cuando una persona decide cometer dicho acto.

...

Quien no acepta y respeta a quienes quieren rechazar la vida en realidad no acepta y respeta la vida misma.

Los médicos tratan de salvar vidas; los suicidas intentan tirarlas. No es extraño, pues, que unos y otros se lleven tan mal. Al igual que los avaros y los despilfarradores, lo único que tienen en común son sus diferencias.

Thomas Szasz. *Libertad fatal*. Paidós. 2003, p.252

Cuando llamamos al testamento «la última voluntad», estamos empleando una figura retórica. Nuestra última voluntad legal está habitualmente preparada mucho antes de que fallezcamos. Nuestra verdadera «última voluntad» consiste en la decisión de quitarnos la vida, en el supuesto de que sea así como queremos morir. La previsión del suicidio es un aspecto más de la preparación para la muerte y se parece a preparar nuestro testamento o preparar un documento en el que especificamos qué tratamiento deseamos que se nos aplique en caso de quedar incapacitados e inconscientes.

Como señalé con anterioridad, prácticamente todas las decisiones

trascendentales en la vida –desde elegir una carrera hasta elegir una pareja– debemos tomarlas pronto, a riesgo de no poder tomarlas en absoluto cuando sea demasiado tarde. La decisión de cometer suicidio entra en esta categoría. No obstante, esto no justifica que prohibamos a la gente tomarla.

Permitir a la gente la planificación de su muerte tendría las mismas consecuencias que tiene permitirle la planificación del destino de sus bienes. La posibilidad de planificar el destino del patrimonio personal incentiva la prudencia de los individuos en la medida en que lo desean ellos, y no el Estado ni los demás. Igualmente, la posibilidad de planificar las circunstancias de la propia muerte incentivaría a los individuos a ser pru-



La melancolía. Alberto Durero, 1914.

dentés en la vida y les permitiría acabar con su existencia cuando lo desearan ellos, y no el Estado ni los demás.

Pavese C. *El oficio de vivir*. Barcelona, Alfaguara (1979)

(1936)

10 de abril

Y sé que estoy condenado para siempre al suicidio ante todo obstáculo y dolor. Es esto lo que me aterra: mi principio es el suicidio, nunca consumado, que no consumiré nunca pero que me halaga la sensibilidad.

24 de abril

Hay que haber sentido el deseo desordenado de la auto-destrucción. No hablo del suicidio: gente como nosotros, enamorada de la vida, de lo imprevisto, del placer de «contarla», no puede llegar al suicidio más que por imprudencia. Y, además, el suicidio se ve ya como uno de aquellos heroísmos míticos, de aquellas fabulosas afirmaciones de un dignidad humana ante el destino, que interesan por su solemnidad pero no tienen que ver con nosotros.

Hay que observar bien esto: en nuestros tiempos, el suicidio es un modo de desaparecer, se comete tímidamente, silenciosamente, anonadadamente. No es un hacer, es un padecer.

13 de septiembre

Habida justa cuenta de las magulladuras varias y de los berinches y cansancios y de los abandonos, queda claro que no siento ya la vida como un descubrimiento –y tanto menos por consiguiente la poesía– sino más bien como un frío material de especulaciones y análisis y deberes. Aquí late ahora mi vida: en la política, en la práctica, en todas las cosas que sirven de los libros, pero los libros no aman como hace en cambio la esperanza de creación.

Ahora bien, también de joven me organizaba éticamente: encontrada la posición del impasible buscador, la vivía y aprovechaba en creaciones. Ahora que de aprovecharla en creación he dejado en serio, me doy cuenta de que ni siquiera me basta para vivir.

(1937)

6 de noviembre

La mayor culpa del suicida no es matarse, sino pensarlo y no hacerlo. Nada es más abyecto que el estado de desintegración moral que comporta la idea –la costumbre de la idea– del suicidio. Responsabilidad, conciencia, fuerza, todo flota a la deriva en ese mar muerto, y se hunde y sube a flote, para ludibrio de todos los estímulos.

23 noviembre

La única alegría del mundo es comenzar. Es bello vivir porque vivir es comenzar, siempre, a cada instante. Cuando falta este sentimiento –prisión, enfermedad, costumbre, estupidez–, querríamos morirnos.

30 de noviembre

Y sin embargo no acierto a pensar una vez en la muerte sin temblar ante esta idea: vendrá la muerte necesariamente, por causas ordinarias, preparada por toda una vida, infalible, tan verdad es que vendrá. Será un hecho natural como el de caer la lluvia. Y a esto no me resigno: ¿por qué no se busca la muerte voluntaria, que sea una afirmación de libre elección, que exprese algo? ¿En vez de *dejarse morir*? ¿Por qué?

Por esto. Se difiere siempre la sensación sabiendo –esperando– que otro día, otra hora de vida podrían ser afirmación, expresión de una ulterior voluntad que, si escogemos la muerte, excluiríamos. Porque, en fin, –hablo de mí–, se piensa que siempre habrá más tiempo. Y llegará el día de la muerte natural. Y habremos perdido la ocasión de realizar *por una razón* el acto más importante de nuestra vida.

(1938)

16 de enero

– ¿Es comprensible que se mate a una persona para contar en su vida?– Y entonces es concebible que uno se mate para contar en la propia.

26 de enero

Nada puede consolar de la muerte. Lo mucho que se habla de la necesidad, del valor, del mérito de este paso lo deja cada vez más desnudo y aterrador, y no es más que una prueba de su enormidad –como la sonrisa desdeñosa del condenado.

8 de noviembre

Si escuchamos a Freud (Ensayos de Psicoanálisis), todo el pensamiento nace del instinto de la muerte: es un esfuerzo por unir los impulsos dionisiacos, libidinosos de la vida, en un esquema que satisfaga el narcisismo del yo. El yo tiende a la regresión hacia la quietud, a bastarse a sí mismo, en su inmovilidad y ausencia de deseos.

Es una verdad que se aprecia cuando se sufre y se trata de analizar, entender, *fijar* la propia crisis y, en definitiva, matarla.

(1939)

26 de enero

Nada puede consolar de la muerte. Lo mucho que se habla de la necesidad, del valor, del mérito de este paso lo deja cada vez más desnudo y aterrador, y no es más que una prueba de su enormidad –como la sonrisa desdeñosa del condenado.

5 de junio

El dolor hace vivir en una esfera encantada y desvariada donde las cosas cotidianas y triviales adquieren un relieve pavoroso y *thrilling*, no siempre desagradable. Da conciencia de una separación entre la realidad y el alma, nos hace elevarnos y nos deja entrever lo real, y nuestro cuerpo, como algo remoto y extraño al mismo tiempo. Esta es su eficacia educativa.

La realidad de la guerra sugiere este sencillo pensamiento:

no es doloroso morir cuando mueren tantos amigos tuyos. De la guerra nace el sentimiento de grupo. Bienvenido.

30 de octubre

A veces se llega a sospechar que la muerte –el infierno– consistirá aún en el fluir de un dolor sin sobresaltos, sin voz, *sin instantes*, todo tiempo y todo eternidad, incesante como el fluir de la sangre en un cuerpo que ya no morirá.

(1945)

12 de marzo

A la larga, un dolor se separa del ansia, del recuerdo, de la sospecha que lo provocó y permanece por sí solo en el alma. Esta noche sufrías ya cuando en un determinado momento has buscado dentro de ti el olvidado o todavía no recordado motivo de tu dolor.

(1950)

17 de agosto

Los suicidios son homicidios íntimos. Masoquismo en vez de sadismo.

(...)

No tengo nada que desear en este mundo, salvo lo que quince años de fracasos excluyen ahora.

Éste es el balance del año no acabado, que no acabaré.

18 de agosto

Cuanto más preciso y determinado es el dolor, más se debate el instinto de vivir, y se debilita la idea del suicidio.

Parecía fácil, al pensarlo. Y sin embargo hay mujercitas que lo han hecho. Hace falta humildad, no orgullo.

Todo esto da asco.

No palabras. Un gesto. No escribiré más.



Munch. Ashes, 1894; National Gallery, Oslo.